

Samper es el nuevo secretario general

Unasur, crónica de una sucesión anunciada

Javier Contreras, s.j.*



SIBCI

El ente internacional debe superar la propaganda para convertirse en un verdadero órgano de integración, con referencia significativa, y no un espacio donde la confrontación es la bandera de la multipolaridad

Cuando Ernesto Samper, expresidente de Colombia, asumió la Secretaría General de la Unasur, se dio un hecho que sin ser sorprendente representa un elemento para el análisis de la utilidad real de esta alianza hemisférica. No existe margen de cambio, más allá de los nombres la partitura está escrita.

Samper es el cuarto secretario general de la organización. Sus predecesores fueron el argentino Néstor Kirchner, primero en ocupar el cargo en el año 2010; María Emma Mejía, excanciller colombiana; y el venezolano Alí Rodríguez Araque, quien ha desempeñado distintas funciones durante los gobiernos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro. Los cuatro cuentan con dilatada trayectoria en sus respectivos países, compartiendo además la condición de representar la corriente *anti hegemónica* de las potencias, con marcado acento, al menos desde sus declaraciones, en contra de las políticas de Estados Unidos.

PAZ Y DESARROLLO COMO BANDERA

En el discurso pronunciado con motivo de la toma de posesión, Samper enfatizó la necesidad de trabajar conjuntamente para que la región se mantenga como una *zona de paz*. Alabó que en Sur América los conflictos se diriman de forma dialogada, teniendo como referente la expresión de los pueblos mediante elecciones democráticas periódicas. Señaló que lograr ahondar en tales características es parte fundamental de la misión de Unasur.

Como ejemplo de las actividades en pro de la paz y el entendimiento en las naciones que conforman la unión, el nuevo secretario general se refirió al proceso de negociaciones entre el Gobierno colombiano y representantes de la guerrilla de las FARC. El éxito de esta iniciativa es un anhelo de gran parte de la comunidad internacional, más específicamente de Latinoamérica, región que ha experimentado el eco del conflicto interno colombiano en intensidades que varían según la cercanía geográfica y los intereses comerciales.

MECANISMOS DE INTEGRACIÓN QUE SE MULTIPLICAN

Unasur, de la misma forma que Mercosur, Celac y ALBA, por nombrar algunos, se compromete con cimentar condiciones de convivencia en sus territorios, colaborar con sus vecinos y aliados, proponer modelos alternativos de relaciones internacionales, aportar herramientas conceptuales y técnicas para el desarrollo, entre otras metas.

Aquí es conveniente recordar que los doce Estados miembros de Unasur son, a su vez, parte de algunas de las organizaciones previamente mencionadas, situación que evidencia la proliferación de grupos de integración regional, conduciendo a una repetición de objetivos y lineamientos que dan lugar a lo que podría ser considerado consigna, vitrina propagandística capaz de diluir el fondo de sus planteamientos, en ocasiones tan abstractos como ideologizados.

Al exponer la creación de diversos bloques regionales no se pretende cuestionar la pertinencia del mecanismo en sí, esta es una vía conveniente para establecer alianzas que beneficien económica y socialmente a los países, más aun dentro de la dinámica actual de interconexión entre las naciones y sus realidades. Precisamente valorar como positivo a los procesos de integración, es lo que ha de guiar la reflexión sobre lo inconveniente y costoso del ejercicio de generación de instancias que al superponerse entre sí, las van convirtiendo en referencias cada vez menos significativas, a pesar de los intentos por justificar su existencia.

RETÓRICA Y ACCIONES, TENSIÓN PATENTE

Resulta útil observar el carácter de disparidad con el que se suceden los pronunciamientos de la Secretaría General, contraste invariablemente acentuado por la denominación genérica de las partes involucradas en determinada controversia o conflicto. Hasta el respeto a la soberanía de los países y la respectiva libertad de sus organismos y poderes públicos pueden ser relativizados si la causa lo *amerita*.

Un comentario a través de la red social Twitter propició reacciones encontradas en torno a la opinión de Ernesto Samper, quien dijo: “Asesinato del joven diputado Robert Serra en Venezuela es una preocupante señal de infiltración del paramilitarismo colombiano”. Ante la desafortunada intervención del secretario general, su compatriota, la canciller María Ángela Holguín, expresó: “Me parece que las comunicaciones del secretario general de Unasur competen más en el área de la integración de los países de Unasur, que en las situaciones puntuales de un país y menos una situación donde tiene que haber una investigación de por medio”¹.

No abundan los motivos para creer en un *desatino*. La actitud y el señalamiento de Samper

afirman la subordinación de la Secretaría General (como órgano, sin matices de importancia dependiendo de quien ocupe el cargo) respecto a los intereses de gobiernos como el de Venezuela, promotor fundamental de la creación de la Unasur. Escenarios como este eliminan en la práctica el apego al postulado de la igualdad soberana de los Estados, al mismo tiempo que generan recelo en sectores de los países miembros en cuanto a la imparcialidad en los comunicados de los representantes de la unión, reduciendo así la capacidad de instancia mediadora que puede llegar a tener.

LO QUE ESTÁ EN JUEGO

Apostar por el fortalecimiento de los grupos de integración regional es reconocer la necesidad de trabajo mancomunado, de largo aliento, con horizonte compartido e independiente de la ideologización exacerbada. Concebir a las iniciativas de este tipo como parte de un vasto engranaje de relaciones internacionales contribuye al realismo, dejando abierta la posibilidad de optimizar los recursos de los que se disponen, bien sean económicos, naturales o humanos. Transitar la ruta contraria, movidos por intereses sectoriales, por aspectos coyunturales o por la ambivalente *lucha reivindicadora*, debilita a las organizaciones nacientes.

Ciertamente la multipolaridad es una condición deseable por la que se ha de esforzar Latinoamérica toda, teniendo en las alianzas entre sus países un canal privilegiado para tal fin. Ahora bien, esa condición no se obtendrá, únicamente, por la vía de la confrontación con las potencias tradicionales, actitud que además de inconveniente no es viable para las economías de la región.

Hoy, seis años después de su creación, Unasur se encuentra ante un objetivo que no está enmarcado en su Tratado Constitutivo. Cómo ser una voz realmente plural, expresión ante el mundo del consenso de sus miembros, apartándose de la imagen de *brazo internacional* de gobiernos que, amparados en dinero e ideología, intentan exportar modelos que no necesariamente se corresponden con los fines recogidos en sus documentos fundacionales. Este grupo está llamado a actuar de manera diametralmente opuesta a sus pares que, con razón en muchos casos, han sido catalogados como antidemocráticos y hegemónicos. ¿Podrá hacerlo?

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

NOTAS

1 Diario *El Universal*, 3 de octubre del 2014.